

INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DE SAN PABLO

1. IMPORTANCIA DE SU LECTURA

Volver una y otra vez a tocar las propias raíces es siempre un servicio a la propia identidad. En este sentido, junto con el encuentro con Jesús, nada tan favorable al crecimiento en identidad cristiana y misionera como volver los ojos a Pablo de Tarso. Sus escritos nos ponen en contacto lleno de frescor e inmediatez con los orígenes cristianos. Son, si no lo primero que se escribió entre cristianos, al menos lo más antiguo que se nos ha conservado. Probablemente la primera carta a los tesalonicenses sea el más antiguo escrito de la Iglesia.

Por otra parte, la producción literaria paulina (de Pablo y de su escuela) tiene una extensión considerable. Tres quintas partes del Nuevo Testamento no narrativo nos llegan a su nombre; y hay escritos neotestamentarios a nombre de otros apóstoles que están inconfundiblemente "tocados" de paulinismo. No sólo las cartas "de Pedro" o la obra lucana; hace mucho tiempo se ha destacado la abundancia de terminología paulina en el evangelio de Marcos.

En cuanto nosotros sabemos, Pablo fue el primer pensador cristiano de envergadura, el que, con su genial interpretación de la revelación judía a la luz de su culminación en Cristo, pudo legitimar la pretensión cristiana, cronológicamente anterior a él, de ser el nuevo y definitivo pueblo de Dios y de llevar un comportamiento en consecuencia. Su talla teológica ha hecho de él una figura normativa e insoslayable en toda la reflexión cristiana posterior. Su influjo ha sido decisivo en los esquemas teológicos occidentales, tanto católicos como protestantes. Y, en todo momento de controversia o de renovación eclesial, Pablo ha sido referencia obligada.

Pero él no fue principalmente un pensador, sino un misionero. Su entrada en la Iglesia supuso un impulso gigantesco y definitivo a la misión tanto entre judíos como entre paganos (con preferencia por éstos). Trabajador y organizador infatigable, supo organizar en torno a sí verdaderos equipos de evangelización y superar, a veces en situación martirial, cuantos obstáculos se le fueron atravesando en el camino. Su expresión "desde Jerusalén hasta el Ilírico y en todas direcciones lo he llenado todo del evangelio de Cristo" (Rm 15,19) es mucho más que lenguaje hiperbólico de un oriental.

Afortunadamente Pablo es un personaje accesible. Sobre ningún otro de la iglesia primitiva poseemos tanta información; prácticamente, sólo de él puede elaborarse un bosquejo de biografía relativamente fiable, y sólo a través de él pueden reconstruirse con una notable objetividad los primeros pasos del crecimiento de la iglesia. Ciertamente Pablo no es un historiador, pero su reflexión teológica nace al compás de la vida de la iglesia, y junto con ella nos ofrece datos de primera mano y de gran valor.

2. FUENTES DE NUESTRO CONOCIMIENTO DE PABLO

Sin embargo, el uso crítico de la documentación acerca de Pablo y su pensamiento requiere un juicio atinado en la distinción de categorías de fuentes. No todo nos acerca a Pablo de manera inmediata, debido precisamente a la amplitud de su irradiación.

2.1. Fuentes de primera mano

Las fuentes de primera mano son sus cartas; pero aquí se requiere ya distinguir entre cartas auténticas e inauténticas. En la actualidad se distinguen entre los escritos que nos han llegado a nombre de Pablo, como tres estratos, que convencionalmente podríamos llamar proto-, deutero- y tritopaulinismo; y en este último se podrían incluir otra serie de escritos, anónimos unos (Hb) y seudónimos otros, que de uno u otro modo están influidos o confrontados con el pensamiento del gran misionero; el paulinismo reviste la forma de una corriente centrífuga, que va desde un núcleo primigenio, puro e inconfundible, hasta una periferia en la que lo paulino se combina con otras corrientes y se acomoda a nuevas situaciones eclesiales.

El criterio es múltiple, desde el léxico, hasta la evolución teológica en escatología, eclesiología, ética, etc. Teniendo esto en cuenta, actualmente todo investigador concede autenticidad paulina (protopaulinismo) a siete escritos: 1Ts, 1 y 2 Co, Ga, Flp, Flm y Rm. En todas estas cartas se cuenta con la vuelta del Señor como algo cercano (cf. 1Ts 4,17; 1Co 15,52; Flp 3,20ss.; Rm 13,11ss); los carismas tienen gran importancia (1Ts 5,19ss.; 1Co 12,28ss.; Rm 12,6) y es escasa la acomodación de la vida y el mensaje cristiano a los medios culturales por los que la iglesia se va extendiendo (cf. Rm 12,2; 1Co 7,29-31). Es frecuente en este momento la confrontación entre comunidades paulinas y cristianismo de corte judío; la persona misma de Pablo es frecuentemente atacada.

Ef y Col (aunque sin total unanimidad en lo referente a esta última) son consideradas como de una primera escuela paulina. La polémica judeocristiana ha desaparecido casi por completo, la parusía se ha perdido de vista, los escritos están dominados por un lenguaje pregnóstico (conocimiento, penetración, ciencia, etc), y Pablo es figura indiscutida y canonizada, como "doctor" en Ef y como "mártir" en Col.

De tercera generación paulina se consideran las cartas Pastorales (1Tm, 2Tm y Tito). El tiempo ha pasado y la iglesia se ha encarnado plenamente, acogiendo la totalidad de las estructuras de este mundo: matrimonio, amos-esclavos, jerarquía con determinadas exigencias de formación; hay que tener buena relación con las autoridades civiles. Los herejes ("falsos doctores") están al acecho; la lejanía de los tiempos apostólicos obliga a velar por la ortodoxia ("conservar el depósito"); con los disidentes no hay discusión sino simple excomunión. Predomina fuertemente lo ético sobre lo teológico-kerigmático. Quizá en esta tercera generación paulina deba alinearse 2Ts, aunque tampoco en este punto el acuerdo de los estudiosos es pleno.

2.1.1. Cómo utilizar las cartas

Evidentemente, para el conocimiento histórico de Pablo las cartas auténticas (protopaulinas) son de un valor incalculable; pero no deben desdeñarse *a priori* todos los datos biográficos o doctrinales que nos proporcionen los escritos de escuela.

A pesar de lo valiosas que son las cartas salidas de la mano (o del dictado) de Pablo, su uso no está exento de limitaciones y dificultades. Una de éstas es el simple hecho de que se trata de cartas (no epístolas); la carta es un escrito siempre ocasional y fragmentario; entre remitente y destinatarios existe un conocimiento previo y no tienen que explicarse las cosas exhaustivamente, sino que, en muchos casos, les basta con alusiones; de ahí la importancia para nosotros de descubrir con la mayor precisión posible la situación histórico-comunitaria en que cada carta se escribe para comprender sus alusiones y detalles. Las exposiciones teológicas, aunque, a veces, de cierta extensión, nunca son exhaustivas. El lector tiene que "reconstruir" el pensamiento del Apóstol combinando los diversos "sillares".

Otra limitación con que nos encontramos al manejar el epistolario paulino auténtico es que todo él procede de un período bastante breve de la vida del apóstol: los cinco o seis últimos años de su ministerio. Esto hace que se nos escape mucho de lo que fue su itinerario apostólico y doctrinal, aunque, afortunadamente, las cartas ofrecen múltiples menciones de momentos pasados.

Una dificultad implica también el hecho de que las cartas paulinas no están datadas, y, por tanto, no conocemos de antemano su sucesión cronológica (nuestras biblias las ofrecen por orden de extensión, de más a menos). Es de aceptación general que la más antigua es 1Ts y la última, quizá, Rm, designada por algunos como "testamento espiritual de S. Pablo". Pero una ordenación cronológica satisfactoria de todas ellas es prácticamente imposible, sobre todo si se tiene en cuenta el fenómeno de las "amalgamas" o combinaciones posteriores de múltiples escritos. En general se considera que 2Co y Flp están formadas por varias cartas en su origen independientes, tres en Flp y otras tres (o hasta cinco) en 2Co; va ganando terreno en los últimos años la teoría de que también 1Co, 1Ts y quizá Rm son igualmente escritos no unitarios.

Finalmente, para la biografía de Pablo, hay que tener en cuenta que, en principio, no dedica las cartas a "contar su vida", y que, cuando lo hace, suele ser en contexto polémico, lo cual puede quitar objetividad, por parcialidad, a los pasajes en cuestión. Los principales pasajes autobiográficos son 1Ts 2,1-12; Gál 1,11 - 2,14; 1Co 15,1-11; Flp 3,4-16; Rm 15,14-32, y gran parte de 2Co.

Todas estas consideraciones no quitan a las cartas nada de su valor; simplemente demuestran la necesidad de un método cuidadoso y exigente, a veces un tanto crítico-técnico, de lectura y estudio.

2.2. Hechos y la biografía de Pablo

Bastante más de la mitad de Hch está dedicada al ministerio de Pablo; en esa mini-historia del cristianismo naciente, Pablo es el gran protagonista; los primeros capítulos del libro, en los que él no figura, no parecen tener otra función que la de conectarle con Jesús. Tradicionalmente Hch fue utilizado como fuente principal para describir la peripecia apostólica del gran misionero; y desde Hch se sigue trazando el mapa de los "viajes de S. Pablo" que acompaña a nuestras Biblias impresas. No cabe duda de que la iglesia para la que se escribe Hch es de origen paulino, y la legitimación del ministerio de Pablo es al mismo tiempo la legitimación de la iglesia lucana.

Pero cada vez se relativiza más el valor histórico de esta obra. El autor, difícilmente compañero de camino de Pablo (a pesar de los pasajes "nosotros" de Hch 16,10-17; 20,5-15; 21,1-18; 27,1 - 28,16), no utiliza -porque quizá no las conoce, por no estar todavía divulgadas- las cartas, sino recuerdos conservados en las comunidades paulinas, recuerdos ya teologizados y, a veces, un tanto legendarizados.

Característica de Hch es la centralidad de Jerusalén, de los Doce y de Pedro; se trata del lugar de los hechos redentores y de las personas directamente elegidas y enviadas por Jesús, únicas capaces de legitimar a todo ulterior misionero de la iglesia, como sucede a Pablo. Por ello, el autor multiplicará los contactos de Pablo con Jerusalén y resaltará su dependencia de las autoridades de esta iglesia; por ello, mientras Pablo afirma que su primera visita a Jerusalén fue privada y breve, y que sólo vio a Cefas y a Santiago (Ga 1,18s.), en Hch se trata de una estancia prolongada, "andaba con ellos (los apóstoles) entrando y saliendo por Jerusalén, predicando valientemente en el nombre del Señor" (9,28), y, por supuesto, previa a cualquier salida a predicar a paganos en Arabia o en otro lugar (contra Ga 1,17), pues no "se le permite" ir a predicar a paganos antes de tomar contacto con Jerusalén, ni antes de que Pedro inicie tal apertura misionera (10,1 - 11,18). En su discurso en Antioquía de Pisidia (Hch 13,31ss.), Pablo se presenta como inferior a los Doce; en el "concilio" de Jerusalén no trata con Pedro y Santiago de igual a igual, sino que es más bien un oyente (Hch 15,6.12; contra Ga 2,5ss.) y, a lo largo de todo el libro, se le niega el título de apóstol, por el que Pablo luchó toda su vida, como sus cartas dejan bien claro.

Ello lleva igualmente a magnificar la intervención de Pedro en casa de Cornelio (Hch 10,1 - 11,18), y a anticiparla cronológicamente, pues, sin duda, es posterior al concilio de Jerusalén (Hch 15), ya que en éste Pedro es solamente apóstol de judíos (Ga 2,8); y, en realidad, no es un paso de gran trascendencia, pues Cornelio era ya "temeroso de Dios" (Hch 10,2). Pero el autor le da una gran ampulosidad para hacer de Pedro el gran pionero de la misión a paganos.

En esta misma perspectiva es llamativo el interés del autor por hacer de Pablo un judío perseverante y fervoroso que nunca rompe con su pasado (Hch 16,3; 18,18; 21,26; 24,17; 28,17; etc.), bien distinto de quien tiene por basura sus

viejos fervores judíos (Flp 3,7) o de quien se acomoda flexiblemente a la oportunidad pastoral del momento (1Co 9,19ss.).

Dada esta pacífica continuidad entre judaísmo y cristianismo, y dada igualmente la intención edificante del autor, en Hch se atenúan o disimulan todas las tensiones de la iglesia primitiva: el problema de los helenistas (Hch 6,1-6) es reducido a una cuestión administrativa; el "concilio" (Hch 15; pero cf. Ga 2,3) discurre como una balsa de aceite; entre Pedro y Pablo no hay diferencias, pues Pedro habla lenguaje paulino (Hch 10,43; 15,8-11); y Pablo no tiene ningún problema con sus comunidades, sino que es "adorado" por ellas (Hch 20,36-38) e incluso por las de Palestina (Hch 21,4.12-14).

El deseo de engrandecer a Pablo induce al autor a hacerle fundador del mayor número posible de comunidades cristianas, quizá violentando algunas tradiciones; de ahí lo desafortunado de textos como Hch 18,19-21, en relación con la fundación de Efeso, o el silencio sobre la fe cristiana de Áquila y Priscila (Hch 18,2), llegados a Corinto antes que Pablo. Desde esta perspectiva deben leerse los interminables paralelismos entre la "pasión de Pablo" (Hch 20-28) y la de Jesús.

También se observa una cierta apología de Pablo no sólo frente a otras iglesias, sino frente al imperio (lo que es al mismo tiempo una apología del cristianismo, como religión o movimiento no peligroso); de ahí la importancia de las repetidas declaraciones de inocencia de Pablo en boca de los dignatarios romanos; y lo negativamente significativo del silencio de Hch acerca de la conclusión del proceso.

Todo esto no puede llevar a un menosprecio simplista de los datos de Hechos. En muchos casos son confirmados por las cartas (cf. detalles tan nimios como la huida de Damasco descolgado en una espuerta, según Hch 9,25 y 2Co 11,33). Otras muchas informaciones, como lugares, fechas, personajes, no caen bajo las tendencias del autor que hemos señalado, y por lo mismo son, en principio, admisibles. A partir de Hch 20 no podemos controlar el texto lucano con informaciones de las cartas.

2.3. ¿Y las cartas de escuela?

Se trata siempre de datos de segunda (o tercera) mano; pero no por eso pueden desdeñarse a priori. Es posible que tanto en Ef y Col como en las Pastorales se conserven algunas tradiciones biográficas valiosas; podrán aprovecharse siempre que no se contradigan con las informaciones más directas. Y, en lo que a la doctrina se refiere, estos escritos más cercanos son el testimonio de la fecundidad del paulinismo, en algunos casos tal vez la explicitación de lo que a Pablo se le había quedado en el tintero.

Pero la situación varía mucho en los diversos escritos. Hay quien opina que Col tuvo que ser escrita por Timoteo aún en vida de Pablo (W.H. Ollrog). Ef es incomprensible sin Rm como trasfondo. Hb contiene una elemental resonancia de la teología paulina de la sangre y del propiciatorio (Rm 3,24s.) y una alusión a Timoteo (Hb 13,23). St responde a interpretaciones abusivas y erróneas del pensamiento de Pablo. En 1P resuena lejanamente mucho pensamiento paulino, pero combinado con otras corrientes de cristianismo. 2P reivindica una interpretación no tergiversada de Pablo (2P 3,15s.), pero sin apenas ofrecer una idea específica del gran pensador cristiano.

Un caso especialísimo es el de 2Ts, en el que se finge a un Pablo que se corrige o hasta se contradice a sí mismo, al percatarse del daño que puede hacer a una comunidad tardía una espera apocalíptica febril (2Ts 2,1-2).

3. ESBOZO DE BIOGRAFÍA DE PABLO

3.1. Origen, educación, profesión, estado

Pablo fue judío de diáspora, judío por herencia, no por conversión, y de familia farisea. Por su fervor religioso, su ascendencia no era para él algo indiferente, sino la garantía de depositario de la elección y bendición de Abraham (Rm 9,3-5); quizá conoce algo de la genealogía familiar, pues al menos sabe a qué tribu pertenece (Flp 3,5). En sus cartas nunca habla de su lugar de nacimiento; pero la información de Hch sobre Tarso de Cilicia (22,3) es indiscutible; si Lucas hubiera podido, le habría hecho nacer en Jerusalén. ¿Cuánto tiempo llevaba su familia en Tarso? Hay que suponer que no muchas generaciones, pues en ella se mantiene muy viva la identidad judía, y el influjo de la cultura helenista sobre Pablo no es fuerte (en contra de ciertas teorías de principios de este siglo que veían en él al gran helenizador del cristianismo). Nunca se ha sabido con qué fundamento afirma S. Jerónimo que Pablo había nacido en Giscala (Galilea) y que, por tanto, había sido él y no sus antepasados, quien había emigrado a Cilicia. Acerca de su ciudadanía romana (Hch 16,38; 22,25ss.; 25,11), la hipótesis más plausible es que su familia había sido vendida como esclava, y al recuperar la libertad adquirió la doble nacionalidad.

No menos complicado es el tema de la formación de Pablo. No cabe duda de que es versado en el uso e interpretación de la Escritura; Rm y Ga son dos ejemplos magistrales de ello. Conoce y usa las reglas de la exégesis rabínica, y la leyenda que acompañaba al texto del Antiguo Testamento (cf. 1Co 10,4). Pero ¿dónde recibió esa formación? Según Hch 22,3, en Jerusalén "a los pies de Gamaliel". Ciertamente falta todo conocimiento de escuelas rabínicas en Cilicia; por otra parte, un pasaje de Hch no sospechoso de tendenciosidad nos informa sobre domicilio de parientes de Pablo en la ciudad santa (23,16). Pero el silencio total de las cartas en este punto no es fácilmente explicable; la educación en la célebre escuela del rigorista Gamaliel debería figurar entre "las viejas glorias" de Pablo mencionadas en Flp 3,5s. y 2Co 11,21s. Hch 22,3 se corresponde demasiado bien con las tendencias lucanas.

Los alumnos del rabinato aprendían simultáneamente un oficio manual, pues el artesanado, al revés que en el mundo griego, estaba prestigiado en el judaísmo. Según Hch 18,3, Pablo, como Áquila y Priscila, era fabricante de tiendas. En sus cartas ofrece repetidas referencias a su trabajo manual (1Ts 2,9; 2Co 11,7). Pero es probable que, además de artesano, Saulo haya sido misionero judío. Está suficientemente documentada una gran actividad proselitista durante el siglo primero (cf. Mt 23,15); el judío de diáspora, por el mero hecho de serlo, se consideraba "guía de ciegos, luz de los que andan en tinieblas, educador de ignorantes, maestro de niños, etc." (Rm 2,19s.). Al menos esto hay que esperar del fervor religioso de Saulo; pero quizá algo más. En efecto, en Galacia parece que fue tildado de "chaquetero", ya que, al parecer, según los lugares, predicaba la circuncisión o la suprimía; y él, en su defensa, reconoce que en otro tiempo fue predicador de la circuncisión (Ga 5,11). Ahora bien, no parece que lo haya realizado siendo cristiano; debe de hacer referencia a la época anterior a su conversión. Muy probablemente sea acertada la contemplación del gran judío de Tarso recorriendo pueblos y ciudades de Siria (donde se encontrará con el cristianismo) dedicado al anuncio del Dios del Sinaí y de la Ley de Moisés. Respecto del estado civil de Saulo, lo único que sabemos es que cuando escribe 1Co está libre de obligaciones matrimoniales y familiares (cf. 7,8; 9,5); debía de estar soltero, viudo o divorciado. Lo normal entre los aprendices de rabino era casarse hacia la edad de 18 años. Pero el celibato por motivo religioso, practicado en Qumrân y por algún que otro rabino, nos indica que no es imposible que Pablo fuera soltero. Y su doctrina acerca del divorcio por motivo de diferencia religiosa ("privilegio paulino", cf. 1Co 7,15) deja abierta la puerta a que él mismo lo haya realizado.

3.2. Encuentro entre Saulo y el cristianismo

3.2.1. Lo de Jesús renace de sus cenizas

Tras la humillación del Viernes Santo nadie soñaba con un posible renacer de la causa del profeta de Galilea; pero los hechos hicieron corregir la mentalidad. Nos faltan datos para seguir el curso de los acontecimientos; de las informaciones aisladas y fragmentarias podemos deducir unas líneas generales. Dos textos muy antiguos, 1Co 15,5 y Lc 24,34, confesiones de fe en términos arcaicos, nos informan sobre el punto de arranque: Cefas o Simón es el primero en recibir la aparición del Resucitado (seguramente en Galilea, cf. Mc 14,28 y 16,7, donde estaba nuevamente dedicado a sus viejas tareas pesqueras, cf. Jn 21,3); reminiscencias de esta aparición pueden encontrarse en Lc 5,8s.; Jn 21,7s. y Mt 14,28ss. Parece que Pedro comunica a sus antiguos compañeros su singular experiencia, se reúnen de nuevo en torno a él y emprenden la vuelta a Jerusalén, por ser el lugar ideal para vivir los acontecimientos finales de la historia (supuestamente iniciados con la resurrección de Jesús), por estar ya próxima la fiesta judía de pentecostés y, quizá, por rumores venidos de Judea relacionados con el sepulcro vacío (aunque este tema es mucho más oscuro). En Jerusalén, en lugar de la vuelta del Hijo del Hombre, para la cual se ha restaurado el senado de los "Doce jueces" (Hch 1,20-21; cf. Lc 22,30), tiene lugar la efusión del Espíritu con cuya fuerza se potencia el anuncio cristiano que ya estaba en marcha.

3.2.2. Se forma una comunidad cristiana compleja

El judaísmo palestinese era ya muy variado: iba desde la ortodoxia jerosolimitana del templo hasta la heterodoxia samaritana, pasando por los helenistas que tenían sinagogas propias (cf. Hch 6,9) y por los grupos inconformistas como Qumrân, sectas bautistas, etc. Este pluralismo afectará muy pronto a la iglesia naciente, bien porque grupos periféricos han acogido la predicación cristiana inicial, bien porque ya Jesús se había dirigido expresamente a estos tipos de judaísmo (cf. Jn 1,35ss.; 4; 12 20ss.). La primera gran tensión eclesial que conocemos se nos indica en Hch 6,1-6: en la iglesia no hay igualdad, los "ortodoxos"(hebreos) llevan la voz cantante, y los "advenedizos" (helenistas) son discriminados. El problema de la atención a las mesas es el iceberg de una diferencia más profunda. Los "Siete" tienen todos nombre griego (son helenistas), y no se dedicarán al oficio de camareros (contra Hch 6,3) sino a la predicación y a la realización de signos (Hch 6,8; 8,5s.; 21,8) igual que los Doce. Son la verdadera jerarquía del grupo helenista, como los Doce lo son del grupo hebreo. Desde ahora, con una jerarquía propia, cada grupo tendrá mayor autonomía y se acentuará su identidad peculiar. Los Helenistas, por su mayor apertura cultural, sacan muy pronto las consecuencias del mensaje de Jesús, y relativizan la ley, el templo, etc (Hch 6,11-14), conducta que los hace odiosos al judaísmo no convertido y los distancia de sus hermanos Hebreos que siguen siendo judíos observantes (Hch 2,46s.; 3,1), tanto que muchos sacerdotes judíos pueden incorporarse a la iglesia (Hch 6,7) sin miedo a perder por ello la pureza requerida para su ministerio. La predicación de Esteban, jefe del grupo helenista, resulta insoportable a la autoridad judía; es juzgado y condenado por el sanedrín (Hch 6,15; 7,58), y su iglesia judeocristiana helenista es expulsada de Jerusalén (Hch 8,1b), mientras que la iglesia judeocristiana hebrea puede continuar tranquila en la ciudad santa (Hch 8,1c).

3.2.3. La misión cristiana recibe un fuerte impulso

Los helenistas dispersados llevan consigo el mensaje cristiano, y su espíritu abierto les permite comunicarlo al judaísmo heterodoxo (Samaría, cf. Hch 8,6ss.), a los "temerosos de Dios" (Hch 8,35) e incluso a simples paganos (Hch 11,20). Y mucho antes de que Pedro vaya a Cesarea (Hch 10,1 - 11,18), ciudad predominantemente pagana, ya está por allí Felipe (Hch 8,40) seguramente no dado a la ociosidad.

En el Nuevo Testamento ha dejado profunda huella la comunidad de Antioquía de Siria, comunidad mixta (antiguos judíos y antiguos paganos) desde su origen y pujante centro de difusión misionera. Por su carácter mixto, esta comunidad inicia una singladura propia, en creciente independencia de la sinagoga, a donde los paganocristianos (seguramente incircuncisos) no pueden asistir. Por eso los creyentes reciben un nombre propio: los "cristianos" (=mesiánicos) (Hch 11,26).

A partir de Antioquía debió de extenderse el cristianismo a otros importantes centros urbanos de Siria, concretamente a Damasco. Y fue haciendo su aparición un fenómeno insólito e intolerable para cualquier judío observante: hay una especie de "nuevas sinagogas" (las comunidades cristianas) que se confiesan "mesiánicas", que tienen la pretensión de que Yahvéh les ha enviado al Mesías que habita en medio de ellas, y de ser, por tanto, el judaísmo llegado a su culminación, pero que descuidan muchos preceptos de la ley de Moisés y en las que, sin escrúpulo alguno, conviven antiguos judíos con antiguos paganos. Respecto de su inobservancia de la ley judía nos podemos imaginar el proceso: si en Jerusalén los Helenistas ya eran liberales, cuánto más después de su entrada en contacto y convivencia con samaritanos, temerosos de Dios y simples paganos.

Todo está preparado para que un misionero judío rigorista, Saulo el de Tarso, que trabaja por aquellas tierras lleno de celo por la causa de Yahvéh, se lance a la persecución de aquellos arrogantes blasfemos contra el Dios del Sinaí (y aquí una observación de interés: la libertad cristiana no es invención de Pablo; ya la encontró en la iglesia a la que persiguió; pero él le dará fundamentación teológico-escurristica).

3.2.4. Persecución y "conversión"

a) La persecución y sus alcances

El autor de Hch quiere hacer a Pablo grande desde el principio, también como perseguidor. Pero hay que reconocer que los dos versículos que hablan de su presencia en la lapidación de Esteban (Hch 7,58b; 8,1a) son interpolación forzada en el contexto. Y no parece que Saulo, al inicio de los años 30 fuese un "jovencito" incapaz de participar activamente en la lapidación. La persecución, ya más tarde, contra la iglesia de Jerusalén (Hch 26,10) no es verosímil, puesto que era una comunidad observante de la ley judía. Pablo dice expresamente que perseguía a quienes no se atenían a las tradiciones de los antepasados (Ga 1,14) y jura que las iglesias de Judea no le conocían personalmente (Ga 1,22). Ni hay indicios de que el sumo sacerdote haya tenido atribuciones judiciales sobre las sinagogas de fuera de Judea, como para dar a Pablo autorización de apresar a los cristianos de Damasco (Hch 22,5; 26,12).

Pero es innegable que Saulo persiguió a la iglesia. El lo afirma claramente en pasajes como Ga 1,13; 1Co 15,9; Flp 3,6. ¿En qué consistió tal persecución? No se nos informa al respecto, pero podemos pensar en los castigos sinagogales que, posteriormente, Pablo mismo tuvo que soportar: "cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado" (2Co 11,24s.). Acerca de Damasco como lugar de la persecución, repetidamente afirmado por Hch, nos informa indirectamente el mismo Pablo en Ga 1,17 (la peregrina teoría de que "Damasco" es nombre simbólico que designa Qumrán no ofrece fundamento convincente). Es, pues, prudente pensar en una actividad persecutoria de proporciones reducidas, quizá circunscrita a alguna sinagoga de Damasco, y siempre por razón de las transgresiones de la ley; la convicción de que el mesías ya hubiese venido era relativamente frecuente en la época, y a nadie escandalizaba.

b) Nuestra información sobre la "conversión"

Hch nos ofrece hasta tres narraciones pormenorizadas (9,1-19; 22,6-21; 26,12-18) del acontecimiento, indicio de su importancia para el autor. Su amplitud choca con la concisión de Pablo, que cuando se refiere a su encuentro con el Señor se limita a decir que el resucitado se le apareció (1Co 15,8), que él ha visto a Jesús nuestro Señor (1Co 9,1), que Dios le reveló a su Hijo para que le anunciase entre los gentiles (Ga 1,16), y que él fue alcanzado por Cristo Jesús (Flp 3,12). En una serie de pasajes polémicos, Pablo defiende su categoría de apóstol a capa y espada; pero no lo hace describiendo su encuentro con el Señor en el camino de Damasco; todo parece como si este suceso fuese para él algo tan íntimo y sagrado que no puede ser convertido en objeto de exhibición. Ahora bien, si cuando lo necesita no lo narra, ¿lo habrá narrado alguna vez? En el "concilio" de Jerusalén llegaron a percibir que El que había hecho a Pedro apóstol de circuncisos había hecho a Pablo apóstol de gentiles (Ga 2,8); no podemos saber en qué términos se explicó Pablo, pero el laconismo de sus cartas sugiere que en la asamblea habría usado términos parecidos.

Entonces, ¿cómo sabe tanto el autor de Hch? Muy sencillo: porque ha leído el Antiguo Testamento y conoce las vocaciones proféticas. Las tres narraciones de Hch, a pesar de sus muchas variantes y hasta contradicciones, se reducen a este esquema: teofanía, caída por tierra, "rehabilitación" y palabras de envío (cf. Is 6,1-10; Jr 1,4-10). Es evidente que el autor de Hch no describe, sino que interpreta, y, por cierto, muy atinadamente; así las palabras de envío en Hch 26,17s. están tomadas de la vocación de Jeremías (Jr 1) y la del Siervo de Yahvéh (Is 42), los dos únicos profetas del Antiguo Testamento que fueron enviados a paganos, profetas a los que hace referencia el mismo Pablo al interpretar el acontecimiento (Ga 1,15). Este carácter interpretativo de las narraciones de Hch no excluye que el autor conociese algunas tradiciones como las referentes a la casa de Judas, la calle Recta, una intervención importante de un tal Ananías, etc. (Hch 9,10-12). Pero entre la inmediatez a que Pablo siempre hace referencia ("no

lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo" Ga 1,12) y el papel mediador que Hch atribuye a Ananías, hay que quedarse con el autotestimonio de Pablo.

c) En realidad, ¿qué sucedió?

Difícil describirlo, ya que Pablo nos ha negado una información directa. Lo que está claro es que su vida quedó dividida entre un antes y un después: las ganancias se le volvieron pérdidas (Flp 3,7s.) y quedó transformado en una criatura nueva, con unos ojos nuevos (2Co 5,16s.). Pero no se debe exagerar: Pablo siguió siendo el mismo, continuó con su anterior entrega, entusiasmo por la causa de Dios, fanatismo y hasta intransigencia. Antes no cabían en su corazón componendas ni mesura, y ahora tampoco; ahora se dedica igualmente a las cosas de Dios comprendidas desde la nueva revelación.

Más arriba hemos entrecomillado la palabra "conversión", por no ser la adecuada. En efecto, Pablo era intachable desde siempre (Flp 3,6). Sicológicamente en él se dio el fenómeno inverso al de las conversiones corrientes: se tuvo por santo hasta el día de su encuentro con Cristo; ese día adquirió conciencia de pecador que no puede salvarse por la justicia propia sino por la que Dios regala al creyente (Flp 3,9). Pablo es ahora un rico empobrecido y kenótico.

En cuanto a las adquisiciones del camino de Damasco, se puede hablar de tres lecciones en una: *Dios está de parte de los cristianos, esos judeo-cristianos helenistas que se han apartado de la ley y comparten sus bienes espirituales con incircuncisos*. A partir de aquí queda claro que:

- a) La ley judía no es camino obligado para estar a bien con Dios, luego
- b) Hay que predicar a los paganos que también para ellos, sin pasar por el judaísmo, hay salvación;
- c) El judío tiene que abandonar todo orgullo (el mismo Pablo, cuando pensaba estar realizando la acción más noble de su vida, perseguir a los cristianos, percibió que estaba equivocado por completo) y no presumir de ninguna seguridad.

Una lección de *teología* (gratuidad de la salvación), otra de *misionología* (Dios acoge también a los paganos) y otra de *espiritualidad* ("que nadie se gloríe"). En realidad, en el camino de Damasco Pablo aprende lo que será la raíz de su teología, su espiritualidad y su entrega misionera; es "su" evangelio", que no procede de ninguna mediación humana. Ciertamente, en su ulterior contacto con la iglesia aprenderá fórmulas kerigmáticas (1Co 15,3) y otros bloques de tradición (1Co 11,23), pero eso no es la sustancia de su evangelio.

3.3. Apostolado de Pablo en Oriente (Siria-Palestina y alrededores)

3.3.1. Hasta el "concilio" de Jerusalén

Aunque de manera telegráfica, en la carta a los Gálatas nos ofrece Pablo una reseña de sus andanzas en este período. En el camino de Damasco Pablo entendió que Dios le quería para apóstol de gentiles y se desplazó al país pagano más próximo: "inmediatamente me fui a Arabia" (Ga 1,17). Por entonces se llamaba Arabia a todo el territorio al este del Jordán: reinos de Palmira, Nabatea, etc. Precisamente a Nabatea fue Pablo, pues es lo que explica que a su vuelta le persiguiese el rey Aretas (Aretas IV, cuñado de Herodes Antipas). Ello significa que esta primera expedición misionera de Pablo no tuvo éxito; sólo le granjeó persecución (2Co 11,32). Y es ignorada por Hch, ya que no quiere que sea sino Pedro quien inicie la misión a los paganos; por eso nos dice que los que persiguieron a Pablo en Damasco no fueron los enviados de Aretas, sino los judíos (Hch 9,23). Fuera de consideración queda la antigua opinión ascética de que Pablo habría ido a hacer tres años de desierto y penitencia en Arabia; no era un pecador que necesitase un tan largo "noviciado", y la perspectiva del inminente fin del mundo no permitía semejantes lujos.

De vuelta de Nabatea, y tras una breve permanencia en Damasco, Pablo visita a Cefas (y a Santiago) en Jerusalén durante dos semanas (Ga 1,18); es una visita por la que no tuvo ninguna prisa, pues el acontecimiento de Damasco le convirtió en apóstol hecho y derecho, sin necesidad de "consultar a la carne ni a la sangre" (Ga 1,16s.).

De Jerusalén marcha "a las regiones de Siria y Cilicia" (Ga 1,21). Se trata de su tierra y de la región de su encuentro con el cristianismo. Hch nos presenta, en orden inverso, su ida primero a Tarso (9,30) y luego a Antioquía (11,25s.). Es un período muy largo, de unos diez años, y sobre el que no tenemos información; no puede incluirse en él el llamado "primer viaje" (Hch 13-14), que, de haber sido anterior al "Concilio", Pablo lo habría reseñado en Ga 1, ya que le interesa engrosar su actividad de ese tiempo, anterior a ningún reconocimiento oficial por parte de Jerusalén, reconocimiento que, por otra parte, a él le resulta superfluo.

Tras un tiempo transcurrido en Antioquía y alrededores, trabajando en compañía de Bernabé (Hch 11,26), ambos fueron delegados de aquella comunidad para organizar una colecta en favor de Jerusalén (Hch 11,30). "Completada la colecta, Bernabé y Saulo volvieron a Jerusalén, llevando consigo a Juan llamado Marcos" (así debe traducirse Hch 12,25, frase que en la fuente utilizada por Lucas debía de seguir a 11,30 y ser continuada en 15,3ss.). Puesto que la colecta se realizó por indicación del profeta Ágabo (Hch 11,28), Pablo puede decir que subió a Jerusalén "a causa de una revelación" (Ga 2,2).

3.3.2. El "Concilio"

Hch 15,4 habla de la buena acogida de Pablo y Bernabé en Jerusalén (¡iban a llevarles qué comer!). Esto les dio confianza para narrar la vida de la comunidad de Antioquía, y la formación de comunidades liberadas de la ley judía. Y aquí surgió el problema. Hch 15,5 menciona la protesta de "algunos de la secta de los fariseos que habían

abrazado la fe"; Pablo, mucho más desenfadado, les llama "los intrusos, los falsos hermanos que solapadamente se infiltraron para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús con el fin de reducirnos a esclavitud" (Ga 2,4). Esto dio lugar a una discusión, sin duda breve pero enconada, que convencionalmente se llama "concilio de Jerusalén". En Ga 2,1-10 Pablo hace constar que le tuvieron que oír, que resistió y no cedió, que reconocieron su derecho (y el de Bernabé) a formar comunidades de incircuncisos, y que nada le impusieron. Un apretón de manos entre Pablo y Bernabé por un lado y Pedro, Santiago y Juan por otro (Ga 2,9), sancionó el pluralismo eclesial en la comunión: en adelante habrá dos tipos de iglesias, judeocristianas y paganocristianas; Pablo, siguiendo su vocación inicial, se dedicará a formar éstas últimas. Como en un apéndice (Ga 2,10), Pablo recuerda que le encargaron que se acordase de los pobres; es el tema de las colectas que veremos más tarde. Hch 15,20.29 menciona, en cambio, una normativa adicional (las "cláusulas de Santiago") para las comunidades paganocristianas, que, tanto por la exclusión radical de Pablo ("nada me impusieron") como por su contenido, no deben considerarse del "concilio", sino surgidas en otro momento.

3.3.3. El "postconcilio"

a) Primeras correrías apostólicas. Cornelio.

Tras el encuentro y discusión de Jerusalén, a donde Pablo y Bernabé habían acudido simplemente a llevar la colecta, ellos habrían regresado a su iglesia de Antioquía. En este momento debe de suceder lo que de histórico haya en Hch 13-14 ("primer viaje" de Pablo y Bernabé), y, probablemente, también la correría misionera de Pedro narrada en Hch 9,32-43. Pero la mayor transcendencia la va a tener el "acontecimiento Cornelio", magnificado y quizá legendarizado por el autor de Hch; acontecimiento indudablemente posterior al "concilio", en el que Pedro era sólo apóstol de circuncisos, es la demostración de que Dios es más grande que la iglesia y hace estallar los límites que ella se fija: Pedro queda convertido en apóstol de paganos y se ve obligado a bautizar a incircuncisos y a comer con ellos (Hch 10,47 - 11,3).

Es probablemente este aperturismo, causado directamente por Dios, el que induce a Pedro a irse a convivir por algún tiempo con la comunidad mixta de Antioquía (Ga 2,11), con el consiguiente regocijo de Pablo y Bernabé por este reconocimiento de hecho de su gran comunidad.

b) El desafortunado "incidente" de Antioquía

Pero Pedro es espiado por los de Jerusalén, especialmente por Santiago, el gran guardián de la ortodoxia y ortopraxis judeocristiana (Ga 2,12). Ante tan inoportunos visitantes, Pedro deja de comer (y de celebrar la eucaristía!) con los paganocristianos, y arrastra consigo a los demás judeocristianos incluido Bernabé (Ga 2,13). Es el momento en que se descubre la insuficiencia del acuerdo "conciliar" que había determinado cómo vivir las comunidades judeocristianas y las paganocristianas, pero no las mixtas.

La actitud de Pedro, sin pretenderlo, causa un cisma y, sobre todo, una herejía: da a entender a los paganocristianos que ha pecado al comer con ellos y que la salvación está condicionada por las prácticas legales judías (Ga 2,17s.). Pablo esto no lo tolera, le acusa de ir contra "la verdad del evangelio". Pero Pablo no es escuchado (de lo contrario lo diría), y la comunidad sólo se reunifica a costa de imponer a los paganocristianos la legislación prevista por Lv 17 tanto para los israelitas como para los "forasteros que residen en medio de ellos". Aquí surgen las "cláusulas de Santiago" (Hch 15,20.29) que el autor de Hch hace proceder de Jerusalén.

Es el momento de las grandes rupturas: Pablo corta sus relaciones con Jerusalén y con Antioquía, con Pedro, Santiago y Bernabé, organiza su propio equipo misionero y se dirige a Europa. Con las iglesias de Siria-Palestina le queda un vínculo externo y significativo: las colectas, que ha "procurado cumplir con todo esmero" (Ga 2,10).